

Si se busca el esqueleto argumental de esta tan entretenida novela - tan amena en el mejor sentido de la palabra- nos topamos con los huesos del más elemental género negro norteamericano. Un joven que llega a la ciudad con ansias de gloria se emborracha en su primera noche y descubre el cadáver de una hermosa joven tendido sobre la nieve. La han asesinado y la búsqueda del criminal desentrañará los turbios manejos de la más alta sociedad. Trama, por lo tanto, para el Benjamin Black que quiso ser Chandler. Pero, la verdad, no da para mucho tal argumento. De modo que recurramos a Praga, situemos la acción en aquella corte corrompida y podrida del XVI, donde se mezclaban alquimistas y embaucadores con intrigas asesinas al compás de un rey chiflado, hagamos aparecer a la mujer muerta en el Callejón del Oro - donde tuvo casa de escritor Kafka- y tendremos nueva novela. Podía haberla firmado como Banville; pero al rebajarse un tanto la calidad del estilo, adjudíquese a Black.

¿El estilo? Cuenta la historia el aho-

ra anciano protagonista: "Cuando recuerdo esos días, me parece haberlo imaginado todo". Y lo cuenta con estilo inocente o romántico o ingenuo: "Al oír ahora el violento estrépito, salté de la cama y miré presa del pánico a mi alrededor, pero no tenía siquiera un cuchillo para defenderme. Me pregunté confuso...". Y así sucesivamente. "Los fugaces espantos que había sentido nada más hallar su cadáver me habían dejado en un estado de constante temor que me afectaba como unas fiebres, oscurecía mis días y obsesionaba de noche mis sueños". Sumemos hallazgos como el del personaje del enano - sobre todo en su aparición- y algún atisbo de Banville: "En el tiempo que pasé en la corte de Rodolfo llegué a reconocer un rasgo común a todos los cortesanos, que era el gesto distraído con que parecían estar siempre intentando oír algo que se decía justo allí donde no podían oírlo". Entonces, ¿por qué digo estilo rebajado? Lean en el capítulo 21: "Se respiraba la tensión en el aire". Eso ni es Banville, ni es Black. Eso se llama desgana.

Exhumación

La memoria cruda de Alexandria Marzano-Lesnevich en Nada más real que un cuerpo

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Existe un núcleo oscuro en **Nada más real que un cuerpo**, el extraordinario libro de Alexandria Marzano-Lesnevich. Ese núcleo es la vergüenza. La vergüenza, que es pudorosa, es también ambigua, pues puede nacer tanto de algo que hemos hecho como de algo que hemos padecido. Quizá por ello la vergüenza está tan a menudo ligada a la culpa, que antes que su anverso es su complemento, como expresaron de forma diáfana algunos supervivientes de los campos de concentración nazis.

Hay dos relatos en la investigación de Marzano-Lesnevich que se fusionan en el cuerpo de la autora, que en su piel, en lo más íntimo, lo que siempre se lleva auestas, lo que siempre recuerda, acaban por expresarse sin disimulo. Uno de los relatos tiene que ver con la vocación de Marzano-Lesnevich, el derecho, una vocación que como abogada defensora de condenados a muerte la enfrentará al asesinato de un niño de 6 años a manos de un pedófilo. El otro de los relatos tiene que ver con la biografía de la autora, con la historia de abusos que ella y al menos una de sus hermanas padecieron durante años a manos de su abuelo materno. La intersección de estos dos relatos en apariencia inconmensurables es el hallazgo de esta memoria cruda y aplastante, en que una mujer se interroga por las zonas de sombra que acosan a cualquier familia. Pues la familia, que es la gran constructora de relatos, es también la gran constructora de olvidos.

Lo que Marzano-Lesnevich reconstruye aquí es, a la postre, el laberinto narrativo de tres familias: la suya, por descontado, pero también la del asesino, Ricky Langley, y la de su víctima, Jeremy Guillory. Estas tres familias, tan distintas entre sí, comparten un fondo común de negrura. Porque no existe una línea recta, un principio de progreso, un dictado unívoco a la hora de descifrar el pasado que nos ha traído hasta el lugar que hoy

ocupamos. En realidad, y por eso este libro resulta admirable, es difícil pensar en un lector que no se sienta interpelado por estas páginas, pues este texto apunta a una asepsia que la sociedad y las costumbres reclaman, cierta negligencia, cierta ascesis, cierta cuota de decoro que nos permite seguir adelante («el olvido es una estrategia del vivir», dirá Marsé en **Un día volveré**), pero que la escritura, que es una herramienta de la vergüenza, se obstina en denegar.

Si queremos saber quiénes somos, sugiere Marzano-Lesnevich, debemos estar dispuestos a exhumar todas las tumbas, a ojear todos los álbumes familiares, a escuchar cada noche el crujido de todas las escaleras que conducen los pasos de los mayores a las habitaciones de los niños. Y aunque el lector puede imaginar el capital de dolor que la autora habrá asumido para enfrentar la escritura de este libro, puede así mismo advertir la dignidad con que ha satisfecho su tarea. No en vano, Marzano-Lesnevich exhibe al firmar su obra, con legítimo orgullo, el apellido del hombre que la hirió.



Nada más real que un cuerpo

Alexandria Marzano-Lesnevich

Libros del Asteroide, 2018
376 páginas, 23,95 euros

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Teste: aventuras intelectuales de un espíritu puro

Fue durante una estancia londinense en la que, mucho antes de publicar sus primeros poemas, sentó en dos obras las bases de una estética anclada en el intelecto puro: **Introducción al método de Leonardo da Vinci** y **La velada con Monsieur Teste**. Con los años, **Teste** creció hasta alcanzar en 1926 una altura de unas cien páginas. A la velada se sumaron una carta de su esposa, anotaciones en un cuaderno de bitácora, la misiva de un amigo y otros pequeños textos que, con multiplicidad de puntos de vista, reflejan a un despojado asceta cuya única obsesión, cartesiana, es afinar los métodos para que su pensamiento, despojado de lastres sensibles, alcance la máxima precisión. **Teste** es así más discurso que hombre y, desde la primera frase de sus aventuras mentales, advierte a los incautos: "La estupidez no es mi fuerte".

Valéry le dio las primeras pinceladas a su **Monsieur Teste** en 1896, cuando apenas tenía 25 años.



Monsieur Teste

Paul Valéry

Trad.: Salvador Elizondo

Piel de Zapa
136 páginas
16 euros



La revolución interior

Lev Tolstói

Antología de Stefan Zweig

Errata Naturae
224 pág. 19 euros



Saint Jack

Paul Theroux

Trad.: Manuel Sáenz

de Heredia

Navona

344 páginas

24 euros



Céleste Ugolin

George Ribemont-Dessaignes

Trad.: Manuel Arranz

Hermina Editores

164 páginas

19 euros

Zweig antologa a Tolstói como si pensase en ahora mismo

En los últimos años es cada vez más apreciado el Tolstói ensayista -anarquista y cristiano- que denunciaba las injusticias de la propiedad, la miseria de los desposeídos, la complicidad del Estado o la inutilidad de movimientos revolucionarios que reproducen desde su germen mismo los mecanismos de la dominación. Ese Tolstói agrarista que, al igual que había hecho Thoreau en EE UU, alertaba sobre la esclavización a la que conducían las transformaciones económicas y sociales del siglo XIX. Sin embargo, en la década de 1930, cuando Stefan Zweig sufría el flagelo espiritual que le imponían el nazismo y el exilio, ese Tolstói había sido olvidado. Zweig compuso entonces la esclarecedora antología **La revolución interior**, que precedió de un luminoso ensayo titulado "Tolstói, pensador radical". Conocimiento de sí, crítica de los tiempos y filosofía de la historia que parecen concebidos para el oscuro momento actual.

Un prostíbulo en Singapur o las entrañas del colonialismo

Del estadounidense Paul Theroux (1941) se conocen más los libros de viajes, y a la cabeza de ellos **El gran bazar del ferrocarril**, aquel trayecto Londres-Japón de ida y vuelta. Pero el inquieto Theroux lo era también a la hora de escribir y en su extensa bibliografía los títulos presididos por la curiosidad antropológica del explorador de espacios insólitos se mezclan con otros en los que, sin renunciar al exotismo, reina un sentido de la aventura propio de película de acción. Es lo que ocurrió en su celeberrima **La costa de los mosquitos**, llevada al cine por Peter Weir, y también en este **Saint Jack**, que se encargó de convertir en celuloide Peter Bodganovich. Estamos en Singapur, punto de anclaje del aventurero Jack Flowers, un beatnik que a veces se gana la vida como chulo y, al cabo, monta un burdel que le acarrearán problemas con las triadas chinas. ¿Habrán mejor metáfora del colonialismo que un prostíbulo?

Dadaísmo pata negra para amantes de la pulsión profunda

Serriamente herido de espíritu nietzschiano, el francés Ribemont-Dessaignes fue una de las personalidades más revoltosas de la vanguardia histórica. Escritor, músico, pintor, Ribemont (1884-1974) escupió dadaísmo, junto a Duchamp y Picabia, antes de que Tzara consagrarse el término. Hubo incluso quien afirmó que sólo él fue autor de música y teatro que puedan llamarse dadaístas sin hacer brindis al sol. Como suele ocurrir, esos inicios dejaron en sombra el resto de su obra, parte de la cual se perdió, y sólo en los últimos años su figura ha adquirido reconocimiento. Céleste Ugolin, su primera gran novela (1928), es un volcán desde el que se vierten toneladas de transgresión mediante un personaje desafortunado que no conoce el significado de la palabra freno. Pero también es una crítica, repleta de dardos, hacia todos los "ismos" que pretenden congelar las explosiones creativas en manifiestos de movimiento.